

jicanos y los tlaxcaltecas, desde aquel instante debían tenderse la mano de amigos, olvidar sus pasados rencores, y unirse para combatir á los hombres blancos. Profesamos, dijeron, una misma religion; hablamos un mismo idioma, y nuestras costumbres difieren en muy poco. Los españoles, por el contrario, tienen creencias opuestas á las nuestras, y su idioma y sus costumbres se separan igualmente de las que distinguen á los pueblos de estas regiones. Era un deber sagrado, por lo mismo, librar al país de unos hombres que habian profanado sus templos, ofendido á sus dioses, despedazado las imágenes de sus veneradas divinidades y escarnecido su religion. Los que recompensaron con una prision los favores del bondadoso Moctezuma, añadieron, no corresponderán de mejor manera á la hospitalidad que hoy les concede el Senado de Tlaxcala. Preciso es, pues, unirnos, y destruirles. Ser amigos de ellos y protegerles, equivaldria á declararse enemigos de los dioses y atraerse la cólera de éstos por haberse confederado con los perseguidores de su culto. En la mano de los tlaxcaltecas estaba vengar las injurias hechas á la religion por los hombres blancos, y atraerse el favor y la proteccion de los dioses. Los extranjeros, agregaron, se encuentran enfermos y dolientes. Los habitantes de la república pueden apoderarse de ellos y sacrificarles á las divinidades. Si esto hacen, el imperio mejicano celebrará con la república una alianza perpetua, establecerá un comercio activo con ella, proporcionándole la sal, el algodón y todos los artículos de que hasta hoy le ha privado, y los tlaxcaltecas podrán evitar así la miseria que constantemente han padecido. Si, por el contrario, la re-

pública acoge en su seno á esos hombres que anhelan destruir nuestro culto, todas las naciones del Anáhuac la execrarán, y Méjico continuará siendo su mas implacable enemiga.

Terminado el discurso, los embajadores se retiraron del salon de audiencia, como era costumbre, á fin de que el Senado deliberase libremente y diese la contestacion que estimase mas acertada.

Las proposiciones de los enviados por el monarca azteca encontraron en el consejo adictos y contrarios. Entre los primeros se hallaba el jóven general Jicotencatl. La discusion del punto propuesto, le presentaba la ocasion de desahogar su odio contra los hombres blancos que habian ido á atajarle en el camino de sus glorias militares. El arrogante general procuró persuadir al Senado con las razones que juzgó mas poderosas, de los bienes que á la república le resultarian de la alianza con la poderosa nacion mejicana. Dijo que la alianza con los que profesaban las mismas ideas religiosas, era preferible á la de los extranjeros, que se creian superiores, no solo á los habitantes del país, sino á los dioses que el Anáhuac reverenciaba. Ponderó la magnanimidad del nuevo emperador azteca ofreciéndoles los objetos de que el país carecia, y terminó diciendo que aquella era la ocasion oportuna de acabar con los hombres blancos, pues vivian descuidados y se hallaban disminuidos, enfermos y debilitados.

Impugnó el dictámen del general Jicotencatl, el respetable senador Maxixca, firme adicto á los españoles, y á quien Hernan Cortés habia regalado el estandarte quitado á los mejicanos en Otumba. Hombre á quien el

país respetaba por los servicios que habia prestado á la patria, de claro talento, de noble voluntad y de elevados sentimientos, su opinion debió ser de gran peso en la cuestion que se ventilaba. En su discurso presentó á los mejicanos oprimiendo á todos los países del Anáhuac. Las naciones sujetas al imperio, vivian á merced del opresor, sin seguridad en sus vidas; agobiados por insoportables impuestos; siendo sus hijas y sus esposas blanco de la sensualidad de sus dominadores: el oro, la plata, las plumas, las diversas producciones de las provincias supeditadas, iban á enriquecer los palacios de los monarcas aztecas, empobreciendo á los pueblos tributarios. La república de Tlaxcala, que merced al indómito valor de sus hijos habia logrado conservar su independencia, luchando contra los ejércitos del imperio, se veía precisada á vivir siempre alerta para evitar un golpe de mano. No habiendo podido hacernos sus esclavos, añadió, nos cerraron el comercio con todos los pueblos. Impidieron la entrada de la sal y del algodón para condenarnos á comidas insípidas y á vestir miserablemente, negándose á todo convenio con nosotros. Hoy nos ofrecen todo lo que nos han negado; pero no es porque nos aborrezcan menos, sino porque nos necesitan. Cuando terminase esa necesidad, volverian á tratar de dominarnos. Lisonjeros en sus palabras y falsos en sus obras, buscarian un pretexto para deshacer lo pactado. Ocupándose luego del punto referente á terminar con la vida de los hombres blancos, vituperó el pensamiento con toda la energía de un corazón noble y honrado. Calificó de perfidia abominable la pretension de los mejicanos de que se sacrificase á los extranjeros, y

añadió que sentia que un tlaxcalteca hubiese apoyado aquella proposicion indigna. Cuando los españoles se hallaban preponderantes, habian sido generosos con ellos. Sal, telas de algodón, alhajas, vestidos, y otros muchos artículos de que estuvieron privados por los mejicanos, recibieron en abundancia de sus huéspedes. Hoy, añadió, que heridos y necesitados han venido á nuestra casa, fiados en la amistad que les ofrecimos, seria una villanía, un crimen inaudito, manchar nuestras manos sacrificándoles. Los valientes tlaxcaltecas no empañarán las páginas de su gloriosa historia con una infamia que les envileceria á los ojos de las demás naciones y reprobarian los dioses. Todo lo que les ofrecian los mejicanos, y de que antes les habian privado, lo tenian ya por los españoles, desde que éstos fueron recibidos como amigos. La república habia dado sus hijas en señal de firme alianza, formando con ellos una sola familia; y esta alianza debia ser inquebrantable como todo lo que pertenecia al honor y á la honra de la nacion. El anciano senador terminó diciendo que los intereses de la patria aconsejaban la union con los hombres blancos. Aconsejaba, por lo mismo, que se hiciese causa comun con ellos, para derrocar un imperio que habia vivido tiranizando á las naciones del Anáhuac.

El discurso de Maxixca, aunque agradó á la mayoría, encontró una viva réplica en el joven Jicotencatl. El arrogante rival de Cortés procuró excitar el odio de los oyentes contra los extranjeros, y pintó al caudillo español y á sus soldados con los colores mas repugnantes. Procuró el anciano Maxixca escuchar con calma las palabras ofensivas que su contrincante pronunciaba contra los castellanos.

Por un rato logró dominarse; pero al escuchar que volvía á insistir en que se diese muerte á los hombres blancos, aprovechándose de la confianza en que vivían y de lo debilitados que estaban, no pudo contenerse; y arrebatado de cólera, le dió un golpe con la mano. La misma indignación que en Maxixca, causó en los demás jefes del Estado la insistencia en la proposición, y todos, incluso su anciano padre, el ciego Jicotencatl, se arrojaron sobre el joven, y le hicieron bajar á empujones las gradas de la plataforma, llamándole sedicioso y traidor á la patria. Esta señal de reprobación dada por Maxixca, uno de los hombres más circunspectos y respetados del país entero, y secundada por los otros tres jefes de la nación, hizo que aun los amigos del joven general se apartasen de su lado. La infamia no era admisible en aquella valerosa nación. El Senado mandó que se redujese á prisión al joven Jicotencatl, por haberse obstinado en sostener su idea; le privó del mando de general; le destituyó de sus honores, y acaso le hubieran sentenciado á muerte si no hubiera sido por las consideraciones debidas á su respetable padre (1).

El consejo, en completa armonía con la opinión emitida por el senador Maxixca, resolvió responder á la embajada, que la república estaba dispuesta á celebrar la alianza que

(1) «El Xicotenga el mozo respondió que era muy bien acordado lo que decía por tener paces con mejicanos, y dijo otras cosas que no pudieron sufrir; y luego se levantó el Masse-Escaci y el chichimeclatech y el viejo de su padre, ciego como estaba, y tomaron al Xicotenga el mozo por los cabezones y de las mantas, y se las rompieron, y á empujones y con palabras injuriosas que le dijeron, le echaron de las gradas abajo donde estaba y las mantas todas rompidas; y si aun por el padre no fuera, le querían matar.»—Bernal Diaz del Castillo, *Historia de la Conquista*.

Méjico le ofrecía; pero sin ofender en lo más mínimo á sus amigos y huéspedes, á quienes siempre defendería.

Resuelta la contestación, se envió un recado á los embajadores para que se presentasen, á fin de comunicarles lo acordado, pero no se les encontró. Desde que llegaron á Tlaxcala, el pueblo empezó á manifestar síntomas de disgusto contra ellos, y temiendo que intentase algo, aun á pesar del carácter de que iban revestidos, desaparecieron de la ciudad secretamente.

Los jefes del Estado se propusieron ocultar á Cortés el objeto de la embajada y lo acontecido en la junta celebrada; pero el caudillo español llegó á saberlo por otras personas, y dió las gracias á Maxixca por su noble defensa, asegurándole que trataría de no desmentir el buen concepto que se había formado de la hidalguía, valor y buena amistad de los españoles.

Político y conocedor del corazón humano, suplicó luego al Senado que perdonase al joven Jicotencatl su falta, le dejase en libertad, y le volviese el mando de general y sus honores. Veía en el guerrero tlaxcalteca un espíritu elevado, y no dudó que un rasgo de generosidad usado con él, le convertiría de contrario, en amigo. La súplica del caudillo español fué atendida, y el joven Jicotencatl, agradecido al paso dado por el general castellano, trató de manifestarle su aprecio.

No fué más favorable para el emperador mejicano Cuitlahua, el resultado que obtuvo otra embajada que envió al rey de Michoacán, nación que competía en riqueza, ilustración y poder con Méjico. Gobernaba al belicoso pueblo michoacano ó tarasco, el rey Caltzontzi, hombre

activo y guerrero, que habia procurado el engrandecimiento de su país, dictando medidas acertadas de buen gobierno.

Existia entre mejicanos y tarascos un odio implacable, casi igual al que se profesaban los primeros y los tlaxcaltecas. Su idioma era distinto del azteca, aunque no menos rico y sonoro. Moctezuma II habia conseguido, como he dicho en otro capítulo de esta obra, celebrar alianza con el monarca tarasco Caltzontzi, cuando Cortés, á pesar de la actitud guerrera que tomó el emperador de Méjico, se dispuso marchar á la capital; pero aquella alianza, alcanzada mas por compromiso que por voluntad del reymichoacano, solo duró unos cuantos dias. Calzontzi, deseando la ruina del imperio azteca, que odiaba con todo su corazon, se valió de un pretexto para romper la liga, y ordenó que se retirasen á sus hogares mas de doscientos mil hombres que habia situado en los llanos que hoy se conocen con el nombre de Avalos.

El rey Caltzontzi se negó á la alianza que en aquellos momentos le proponia el emperador Cuitlahua, y los embajadores se retiraron tristes de ver que se habian estrellado sus esfuerzos, como habian fracasado los de los mensajeros enviados á Tlaxcala.

La resolucion del Consejo tlaxcalteca fué de suma importancia para Hernan Cortés y sus soldados. Aquella prueba de fidelidad de la república en los instantes adversos, revelaba la nobleza de sus valientes hijos. Fué un rasgo de hidalguía que debe perpetuar la historia en sus páginas. Despreciar ventajosas proposiciones de una poderosa nacion, y aun exponerse á provocar su enojo, por

guardar la fidelidad prometida al que se ve ya débil y necesitado, pertenece á esos hechos heróicos que mas parecen pertenecer á la fábula que á la severa historia. Rasgo fué que llenó de admiracion á los castellanos, y que, justos para apreciarlo, lo consignaron en sus escritos, animados del noble sentimiento de la gratitud, para que «el mundo conociese, dice Bernal Diaz, la lealtad de los tlaxcaltecas, sus rectos principios y lo mucho que los españoles les debieron» (1).

Mientras Hernan Cortés, seguro ya de la fidelidad de la república, acariciaba en su mente risueños proyectos para el porvenir, una parte de su ejército se manifestaba profundamente descontenta de permanecer en Tlaxcala. Formaban esa parte, los soldados que habian pertenecido á la expedicion de Narvaez. Temian que los jefes del Estado cambiasen de política, aceptando lo que habian desechado, y opinaban que se debia volver á la Villa Rica antes de que aconteciese un funesto cambio. Tenian bienes en la isla de Cuba, y anhelaban salir del país para disfrutar tranquilamente de su regular fortuna.

No dudaron al llegar á Tlaxcala, que la permanencia en la capital de la república no duraria mas que el tiempo preciso para que se curasen los heridos. Creyeron que el jefe español, viéndose sin elementos para llevar la guerra á ningun pueblo, se dirigiria al puerto, en cuanto convaleciese de su enfermedad, para esperar recursos ó embarcarse, abandonando la empresa. Mal conocian el carácter del

(1) «He traído esto aquí á la memoria para que vean de cuánta lealtad y buenos fueron los de Tlaxcala y cuánto les debemos.»—Bernal Diaz, *Historia de la Conquista*.